

quizá más arriesgado aún es cuando al tratar la relación entre deseo y la oración dice que “ cuando el deseo es liberado en la oración, aparece otra dinámica que consiste en un movimiento gradual no sólo hacia nuestro deseo más profundo, sino además, y a través de él, hacia el deseo de Dios en nosotros”.

Por otra parte, es interesante cómo el autor ha usado como fuente de su pensamiento a grandes autores de la espiritualidad cristiana-católica como San Agustín, San Ignacio de Loyola, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Avila y otros quizá nuevos para el lector pero de gran hondura y profundidad como Juliana de Norwich, John Donne, Andrew Hudgins y otros. En cada uno de sus capítulos ha tratado de articular el hilo de su pensamiento enriqueciéndolo con la sabiduría de estos autores.

Con audacia, originalidad y renovado entusiasmo, el autor abre brecha hacia nuevos horizontes de experiencia y reflexión profunda sobre cómo aprovechar este enorme potencial que es el deseo que Dios ha dejado livianamente en nuestro corazón al crearnos. Reconociendo la intensa ambigüedad que esconde el deseo de hacerse sentir tantas veces existencialmente por medio del vacío, de la insatisfacción, de una herida que

sangra, grita y clama; y a su vez la inefable riqueza de guardar aquella imagen y semejanza más profunda que tenemos con nuestro Creador y Señor, la capacidad de amor y comunión.

Un riesgo de este libro me parece que tiene que ver con el uso de las fuentes. Parece ser una muy rápida y seleccionada interpretación de los grandes autores espirituales que podría correr el riesgo de deformar la verdadera intencionalidad y dirección de sus escritos. Sin embargo leer este libro será para cualquier persona que esté lanzada en la aventura de hacer camino en la fe un verdadero aporte y una sólida renovación para seguir avanzando hacia la meta.

JUAN ISASMENDI

M. I. WALLACE, *Finding God in the Singing River. Christianity, Spirit, Nature*, Minneapolis, Augsburg Fortress, 2005, 183pp.

En el prefacio de esta obra, su autor nos dice cuál es la visión que anima al libro: “Creo que la tierra y el cielo, los seres humanos y los otros seres, todo lo que vive y crece en su debido tiempo y de acuerdo a su propia naturaleza, está latiendo con una fuerza vital verde que es sagrada,

que es eterna, que es Dios. También creo que la enseñanza bíblica central de que el Espíritu Santo es la presencia de Dios que sostiene y anima al mundo, la encarnación continua de energía divina que le da aliento y vida a todo, es una expresión extraordinariamente fecunda del poder de esta fuerza de vida en el lenguaje visionario de la fe cristiana” (ix-x). A partir de esta visión el autor explora de qué manera el cristianismo tiene la capacidad de sanar las prácticas que hoy están destruyendo el medioambiente. Esta presencia encarnada de Dios, pero no de un Dios invisible que vive en los cielos, sino de un Dios que vive en la tierra, es la presencia encarnada de Dios en todas las cosas, que está representada por el Espíritu Santo. Según Wallace la religión contemporánea, salvo en el caso de los Pentecostales, se ha convertido en una religión del Padre y del Hijo donde el Espíritu está visto como un miembro pasivo de la Trinidad, el miembro desconocido y misterioso que carece de personalidad y definición. Propone un modelo del Espíritu como el “rostro verde” de Dios y afirma que no es una persona inmaterial e irreal sino que es “la realidad terrenal (*earthly*) que figura bíblicamente como los cuatro elementos primarios, tierra, viento, agua, fuego, que

son los componentes esenciales de la vida encarnada tal como la conocemos” (9). En estos textos el Espíritu está visto como una forma de vida totalmente encarnada que engendra sanación y renovación a todo el orden biótico y abiótico.

Las fuentes para su reflexión son tres. Primero: la Biblia leída con “ojos verdes” para recuperar la originalidad inesperada de las Escrituras desde una perspectiva medioambiental. Segundo, la espiritualidad pagana, redescubriendo las raíces paganas del cristianismo para volver a creer en un Dios que está en todo pero a la vez más allá de todo, lo que se podría llamar un “animismo trascendental”. Tercero, la ecología profunda que dice que todas las cosas vivas son iguales en valor y dignidad y tienen derecho a crecer y desarrollarse, que toda la vida tiene valor en sí misma independientemente de su utilidad para la comunidad humana. En términos religiosos la ecología profunda enfatiza la sacralidad de todas las cosas vivientes en armonía y equilibrio dentro del orden natural de la creación.

En el capítulo 2, se dedica a recuperar la identidad femenina del Espíritu, intención que ya había mencionado en la introducción. Lo hace en diálogo con la filósofa Luce Irigaray y su búsqueda

da de un lenguaje e imágenes femeninas de Dios y se pregunta si el Espíritu Santo no será este Dios femenino que, según ella, tiene que venir. También hace un análisis interesante de las distintas figuras del Espíritu en la Biblia, buscando su rostro femenino; aquí cita a Susan Ashbrook Harvey que dice que antiguos textos sirios presentan un retrato del Espíritu con imágenes femeninas derivadas del género gramatical para el sustantivo espíritu, que es femenino para *ruhâ* en sirio y para *rûach* en hebreo y además por los verbos que se usan para describir las acciones del Espíritu, sobre todo los aspectos maternos.

El capítulo 3 describe algunos problemas de la ecología y presenta los distintos movimientos ecológicos, haciendo una reflexión de cómo una “espiritualidad verde” (*green spirituality*) puede convertirse en mediadora de movimientos que hoy están peleados entre sí. Me resultó particularmente interesante la primera parte sobre el problema del tratamiento de la basura y los desechos tóxicos y la injusticia que provoca la instalación de plantas de tratamiento en los barrios más pobres.

En el capítulo 4, hace una crítica a Kant y a Rawls por considerar a los seres humanos con un valor superior a otras formas de vida

en contraposición a la visión de un “cristianismo verde”, que trata de demostrar que la inhabitación y el amor del Espíritu en todas las cosas hace imposible la asignación a los seres humanos de un valor superior. “Al contrario, la espiritualidad verde afirma el valor intrínseco, realmente, la co-igualdad de todos los miembros del mundo biótico” (93). La propuesta que desarrolla al final del capítulo es la de extender los horizontes de la moral para incluir el bienestar de toda la familia, de la Madre-Tierra.

En el capítulo 5, la pregunta es qué pasa con la “teología verde” cuando se enfrenta con el desconstruccionismo postmoderno, o lo que también llamará constructivismo o construccionismo. Cita aquí largamente a pensadores como Cronon, Moore, Wittgenstein y Hayles, entre otros. Termina el capítulo proponiendo el proyecto de “construccionismo social” de Gergen como recurso valioso para el tipo de “espiritualidad verde” propuesta a lo largo del libro.

El capítulo 6 explora temas cruciales para la espiritualidad verde como el sufrimiento del Espíritu por la degradación de la naturaleza, comparándolo con el sufrimiento de Cristo en la cruz por los pecados de la humanidad y también usa la doctrina de una persona en dos naturalezas de Calcedo-

nia, para decir que el Espíritu inhabita la tierra y la tierra encarna al Espíritu. Esta relación entre Espíritu y tierra significa una inseparable unidad entre las dos realidades, sin que una se absorba en la otra. Esta interrelación desafía el modelo metafísico de un Dios celestial inamovible, separado de las preocupaciones del mundo. También toma la visión de Moltmann del *Dios Crucificado*, el Dios sufriente que ofrece esperanza a una humanidad abandonada para abrir nuevas miradas sobre el entendimiento de la angustia del Espíritu a causa de una tierra en peligro. Termina el capítulo con una comparación entre Cristo y el Espíritu basada en el rito eucarístico: “Así como las heridas de Cristo se convierten en la sangre eucarística que nutre e inspira la esperanza en la vida del creyente, sacando aquí una analogía entre el sufrimiento de Jesús y el sufrimiento del Espíritu, también la agonía del Espíritu por el daño hecho a la tierra se convierte en fuente de promesa y nuevo comienzo para las comunidades que enfrentan una destitución medioambiental aparentemente desesperada.” (134)

El libro empieza con una experiencia personal de su infancia donde se encuentra con Dios en la naturaleza, específicamente en el *Singing River*, y termina con dos

experiencias personales ya de adulto, una con sus alumnos de la universidad y otra con su familia en la selva de Costa Rica, donde en profunda conexión con la naturaleza, puede unirse con el Dios presente en todas las cosas vivas y sentirse parte de algo sagrado, más grande que él mismo y que lo llama, nos llama a hacernos responsables por el cuidado de todo lo creado.

PATRICIA PAZ